



André Gide y su diario

precisamente lo que es demasiado tenido en el tamiz de obra alguna, sin ningún aflete, sólo detalles. ¡nada hay que creer que el Diario sea él mismo una obra de arte. Hay lo camino entre la confesión y la sólo piden ser insertadas en una menos sinceras (o más bien: sus que otra cosa, que es el placer d'Amara con gusto: no es el Diario asemeja al Diario de Gide; al laraciones del Diario cuentan ya de Edouard. Ya no le pertenece existir fuera de sí, camino hacia la noche de la que ansían poseerlo.

ida más limpia en la literatura eclosa que esos duos que se entran, entre escritores de una misma gne, Rousseau y Molierre, Hugo y Cartes, Montaigne y Gide. Nada nidad de esta literatura, y también, su ondulación, lo que la hace los sistemas, lo que provoca que se renueve al contacto con una Si los grandes clásicos son eternos, dificilan. El río dura más que el

er a los clásicos. Cada vez que los éza asombrosa, vivos, cercanos, enelón, Montesquieu nunca sonido son citados por Gide. Nuestro lo mal que lo conocemos.

los que le reprochan a Gide sus hazañas a elegir como todo el mundo), de Hegel: «Para el sentido común, ladero y falso es algo establecido y uebe o rechace el conjunto de un diferencia de los sistemas filosófico-progresivo de la verdad; diversidad únicamente la contradicción... El contradicción no sabe liberarla y eralidad y reconocer en la forma de tirse y contradecirse, momentos os».

conflicto entre catolicismo y protestantismo y cristianismo, no tiene mucho tugo es muy leido. ¿Qué les gusta de conciencia que busca honestamente

Algunos escogen una vía y la conservan; otros las cambian, cada vez con mayor convicción. Gide se aferró a una encrucijada, con constancia, con fidelidad, a la más importante de las encrucijadas, la más trillada, la más concurrencia de todas, aquella sobre la cual pasan las dos más grandes rutas de Occidente, la griega y la cristiana; prefirió esa situación «total» en la que podía recibir las dos luces y los dos soplos. En esa situación heroica, protegido por nada, pero también encerrado por nada, dio motivo a todos los ataques, se entregó a todos los amores.

Tenía que poseer este hombre cierta dureza para mantenerse en tan arriesgada situación, de la que sus obras maestras son testimonio.

Muchos no saben si deben reprocharle a Gide más su paganismo o su protestantismo. Son como el burro de Buridán, entre el agua y el cardo; y por su indecisión el cardo debe ser más grande y el agua debe seguir corriendo.

Desde hace cien años, hay tres hombres que han sentido por la persona de Cristo la más viva atracción - ¿puedo decir la más fraterna? - que yo entiendo fuera de un conocimiento dogmático o místico: Nietzsche (como hermano enemigo), Gide, y en Rusia, el escritor Rozanov.

La obra de arte - «Yo me consideraba primeramente como un simple artista y, como Flaubert, sólo me preocupaba por la buena calidad de mi trabajo. Su significación profunda, hablando con propiedad, no me interesaba» (Diario, año 1931). Sólo ante reacciones ajenas, Gide tomó conciencia de esta significación profunda de su obra, la que sistematizó en sus obras críticas. Libros como «Los alimentos» no serían tan hermosos, tan duraderos si los hubiera conscientemente recargado de cualquier intención, antecedente a la obra y que la utilizará como marco cómodo. Son libros exactamente poéticos en los que el autor, como el «vates» latino, no es más que un intérprete; su mensaje lo supera e inicialmente tal vez él no lo comprende bien, pues viene de algo más fuerte que él, de algo que lo posee, de un dios. Una vez creada, su obra casi lo sorprende; deja de ser parte de sí, de tal manera que no puede sino enamorarse de ella, como Pigmalión de la estatua.

Lugares comunes - A veces descubrimos en Gide la sombra de un lugar común, pero revestido con ese estilo siempre admirable que, quizás en ese momento, lo arrastra. Pero no estoy seguro de que Gide haya deseado ese pensamiento neutro para mejor hacer resaltar la gracia de su expresión, o incluso por humildad, más exactamente por esa conciencia que lo lleva a explicar detalladamente (en el Diario) menudos problemas de traducción. Con este hombre nunca se

sabe; Gide procuró estar apto para tomarnos la delantera en la apreciación de sus propias debilidades, de modo que difícilmente podamos imputárselas. No estamos seguros de que gustoso las haya revelado, aunque si de golpe, sin dejar claro si tenía conciencia de ello o no.

Coquetería de lo Informe - Consiste en que es más difícil brillar allí donde todos disponen de armas semejantes y ordinarias, allí donde la victoria es más cara. Para Gide, hay también cierta coquetería del lugar común, de lo uniforme. Con la misma idea y las mismas palabras que todo el mundo, Gide logra decir algo de valor. Es la regla clásica: tener el coraje de decir bien lo que es evidente, de manera que nunca será con la primera lectura que un autor seduzca; seduce más bien por aquello que no ha dicho, pero que con naturalidad seremos llevados a descubrir, pues las líneas esenciales han sido bien dibujadas. Pero también han sido suprimidas las líneas accesorias. Es lo propio del arte (ver al respecto algunos dibujos significativos de Picasso). Montesquieu decía: «No escribimos bien sin saltar las ideas intermedias», y Gide agrega: «No hay obra de arte sin cortes». A ello lo acompaña una primera oscuridad, o una enorme simplicidad, que hace que los mediocres confiesen que no comprenden. En ese sentido los Clásicos son grandes maestros de lo oscuro, incluso del equívoco, es decir, de la preterición de lo superfluo (ese superfluo al que el espíritu vulgar es aficionado), o si se quiere, de la sombra propia para meditaciones y descubrimientos individuales. Obligar a pensar por sí mismo sería una definición posible de la cultura clásica; no será desde entonces el monopolio de un siglo, sino de todas las rectas conciencias, ya llamen Racine, Stendhal, Baudelaire o Gide.

